

No se vuelve a mencionar en ningún escrito al Halgueh hasta pasados 1500 años...



Sucedó que el poder del Halgueh se propagó como ondas en la superficie de un apacible lago. Cada vez más tribus nómadas se asentaron en las orillas del Nilo y prosperaron bajo el gobierno del divinificado Horus. Éste, tal como había prometido, acabó cediendo el poder a los sacerdotes, y los

Shemsu Hor gobernaron Egipto como reyes primero y como faraones después. ¡Llegaron a ser considerados auténticos Semidioses!

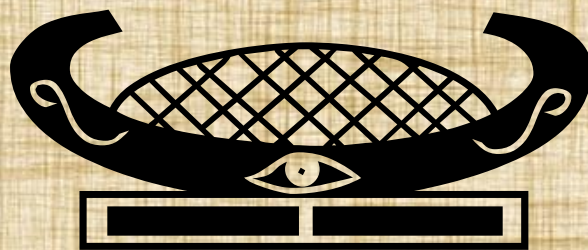
Pero como nada es eterno es este mundo salvo la estupidez humana, la época dorada de los Dioses empezó a declinar.

Seneferu, primer faraón de la dinastía IV, era de gustos más militares que no teológicos.

Emprendió diversas campañas militares "para asegurar las fronteras contra Nubia y Libia".

Para sufragar los gastos militares, empezó a expropiar propiedades de los templos y a recortarles cada vez más los ingresos.

Esta tendencia continuó por más de cien años, a lo largo de su reinado y el de sus sucesores, sin que los sacerdotes pudieran hacer nada para remediarlo.



Corría el año 2482 a.C. cuando cierta oscura noche de principios del mes de Pa-en-Amon-Hetep alguien llamó a la puerta de un templo de Heliópolis, al noroeste del actual El Cairo (más o menos por donde cae ahora mismo el aeropuerto). Tuvo que pasar más de diez minutos hasta que la puerta se abrió perezosamente sobre sus maltrechos goznes. El sacerdote de Horus, de muy mal

humor debido a la tardía hora de la visita, iba a preguntar de muy malas maneras quién se atrevía a importunar a esas horas de la noche cuando se encontró mirando los extraños ojos de una mujer de cabellos rubio ceniza. Ésta, con un aplomo que dejó al sacerdote con la boca abierta e incapaz de decir ni una sola palabra, apartó al hombre, traspasó el umbral de la puerta y pidió (bueno, más bien ordenó) que la condujese inmediatamente ante el responsable del templo.

El sacerdote, no muy acostumbrado a recibir órdenes de "plebeyos", no supo más que obedecer. Condujo a la extraña mujer ante el Sumo Sacerdote,

que como de costumbre estaba en su despacho delante de una montaña de papiros.

En cuanto fue anunciada la mujer se adentró en el despacho y sin presentaciones ni preámbulos sacó una bolsa de su mochila, la dejó encima de la mesa delante del Sumo Sacerdote y dijo:

Sé de las penurias que estáis pasando desde hace más de 100 años por culpa de los hijos de Seneferu. Vengo a ofreceros una solución: En esta bolsa tenéis el objeto que conocéis con el nombre del Hangh. Pero sabed que debe ser usado en el momento debido y de la forma debida. Usadlo media hora antes o media hora después del momento debido, y las

consecuencias serán nefastas. Olvidad de pronunciar uno solo de los encantamientos, y no surtirá efecto. Espero que sepáis usarlo sabiamente.

Acto seguido, se dio media vuelta, salió del despacho y dejó atrás el templo. Nunca más la volvieron a ver.



Dos semanas más tarde, el Sumo Sacerdote visitó a Userkafen en su mansión. Habría hecho falta un ojo pero que muy observador para darse cuenta de que su

vestimenta tenía un bulto raro justo debajo del brazo izquierdo. Userkaf era uno de los hombres más poderosos de Egipto y no eran pocas las voces que, en la intimidad de unas copas de vino, decían que Userkaf en sus más oscuros sueños aspiraba a ocupar el puesto del mismísimo faraón. Permaneció en su mansión menos de un unut. Cuando salió, el ojo muy observador se hubiera dado cuenta de que el bulto raro había desaparecido.



Dyedefptah, último descendiente de Seneferu que ocupaba el trono

de faraón, era en extremo paranoico.

La seguridad en su palacio era de lo mejor que se había visto nunca: patrullas frecuentes e irregulares, soldados de máxima confianza, guardias en cada esquina, catadores que probaban hasta el vaso de agua que iba a tomar a media noche...

!!! Incluso había cuatro soldados haciendo guardia alrededor de su lecho cuando yacía con su esposa!!!

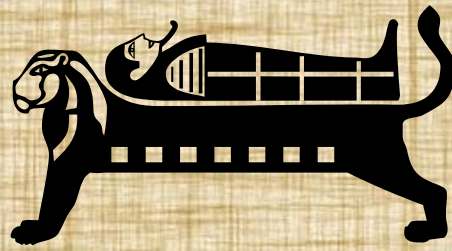
A pesar de todo, murió. Cierta noche de finales del mes de Pa-en-Jonsu murió en su lecho.

No sería raro, si no fuera porque la misma noche también murieron, en sus lechos, su esposa,

sus 5 hijos, 2 hermanos, 7
sobrinos, 4 tíos y 14 primos.
Ninguno tenía una sola herida.

Más raro fue que al cabo de
apenas dos días nuestro amigo
Userkaf anunció su matrimonio
con Jentkaus, prima segunda de
Dyedefptah y la que tendría que
haber subido al trono de faraón
tras la muerte súbita sufrida por,
bueno, por prácticamente la
totalidad de su familia.

Lo que automáticamente lo
convirtió en el nuevo faraón de
Egipto.



Y, una vez más, los planes de la Estriga dieron sus frutos.

Userkaf ordenó de forma inmediata donar tierras y muchos bienes a los sacerdotes de los templos de Ra, Horus y Hathor. Acababa de nacer la dinastía V, lo que significó una nueva época dorada para los sacerdotes y los Dioses.



Alto y bajo Egipto

